

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

Precio de suscripción
Cada 5 números quincenales,
2 pesetas al mes

"Este precepto os doy: Amaos los unos a los otros como yo os he amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7-1.º Telf. 3988
GIJÓN

Historia edificante del lego hortelano

por José María Pemán

Vivimos los hombres esclavos de los sentidos. Nada entra ni nada sale en el «castillo interior» de nuestra alma sin pasar antes por esa aduana de los sentidos, a los que muchas veces hay que sobornar para seguir adentro.

De aquí que gran parte de la fábrica social descansa sobre el aparato de las formas solemnes. Mucho más que a la integridad o el valor de sus funcionarios debe la Justicia o el Ejército a la severidad de las togas negras o a la vistosidad de los uniformes abigarrados. La fabricación de galones de oro, de plumas de colores y de estrados de terciopelo carmesí es uno de los más sólidos puntales del buen orden de la república.

Somos unos tristes galeotes de los sentidos. Hasta las cosas más grandes y espirituales las concebimos a fuerza de imágenes agradables o suntuosas. La misma dicha celestial, que es la cosa más subida y etérea que podemos pensar, no la concebimos sino como una música concertada e inextinguible. Cuando un ángel quiso hacerle probar en este mundo un sorbito de esa dicha a Nuestro Padre San Francisco, se le presentó nimbado de luz, con un violín en la mano y, apoyando un instante el arco, produjo tal dulcísimo sonido, que el santo se cayó de espaldas y a poco más se muere de gusto.

Pruébese todo esto con el caso edificante del hermanito Lucio. Digo edificante porque nos enseña a humillar nuestra ruín naturaleza, mostrándonos cómo vivimos presos del encandilamiento de la forma y sumidos en un mar de confusiones y fantasmas.

El hermanito Lucio era lego hortelano en la abadía benedictina de San Adalberto. Esta abadía es una de las pocas que conserva en la actualidad aquella vieja y gloriosa Orden. Está en la falda de una montaña vestida de helechos, y, entre las olas verdes de éstas, se asoman sus torrecillas góticas, cuya piedra vieja, a la luz del poniente, las hace parecer de oro, como un relicario.

La huerta es grande, cercada por una tapia y dividida toda ella en cuadros, separados por acequias y canalillos. En estos cuadros se cultivan lechugas, coles, tomates, espárragos y todas cuantas hortalizas necesita la comunidad para su sustento vegetario.

El hermanito hortelano a que me refiero tenía también su cerebro dividido, como la huerta, en unos pocos cuadros. En ellos cultivaba unas cuantas virtudes sencillas y unas cuantas imperfecciones insignificantes. Como entró en la abadía a los doce años y nunca había salido de ella, su círculo de imágenes y de ideas era muy pequeño; pero, dentro de él, tenía sus deseos, sus alegrías, sus tribulaciones y sus dudas como cualquier otro mortal en círculo más amplio. Todo es cuestión de proporciones. La prohibición de comer frutas de la huerta sin permiso del abad, o la necesidad de acudir puntualmente al llamamiento de la campana, eran suficientes para producir en el hermanito Lucio delitos o virtudes. Los conceptos del deber, del pecado, del vencimiento heroico y de otras cosas grandes de que oía hablar a los frailes giraban para él en torno

de esas cosas pequeñas y sencillas; pero como su espíritu era también sencillo y pequeño, la relación era la misma.

Para él, Cristo había bajado al mundo a ordenar que se acudiese al llamamiento de la campana y a prohibir que se comieran peras 'sin permiso del abad.

Se equivocaría, pues, quien creyera que, por moverse en círculo tan reducido como la tapia de la huerta, la vida del hermano Lucio era más fácil que la de la generalidad de los hombres. Cada hombre lleva en sí mismo su complicación. Claro está que sus tribulaciones o sus alegrías eran más sencillas, pero no más pequeñas que las de los demás mortales.

Nadie puede medir, por ejemplo, el goce inmenso que el hermanito Lucio recibía en Nochebuena por el solo hecho de estar aquella noche levantado hasta la una de la madrugada. Todos los que hemos sido niños sabemos que este goce absurdo es inconmesurable para los espíritus sencillos.

Tampoco puede medir nadie el grado de hilaridad que al hermanito le producía el cuento del burro y el perro que sabía contar Fray Benito. Fray Benito era un fraile viejo, con rostro ancho y saludable, que sabía este único cuento. En el cuento no ocurría nada de particular, y Fray Benito lo contaba siempre con las mismas palabras, imitando de modo torpe al perro y al burro. Sin embargo, cada vez que Fray Benito contaba su cuento, el hermanito Lucio se congestionaba de risa, daba brinco y palmadas y acababa teniendo que aflojar el cingulo del hábito para no reventar.

Dios es justo y compensador, y no deja a nadie sin su parte. En cambio, algunos podrán pensar que la serenidad de su alma era absoluta. Sin embargo, lo mismo que tenía aquella risa fácil, tenía sus fáciles tribulaciones. Así, por ejemplo, el hermanito Lucio tenía una dicha inestimable para la tranquilidad del espíritu: como había entrado en clausura a los doce años, apenas recordaba la imagen de ninguna mujer. Sin embargo, como digo, todo es proporcionado. La lectura de algunos pasajes vehementes con que algún Santo Padre encarece el peligro de la belleza femenina habían llenado su espíritu de vagos fantasmas imprecisos. Y alguna vez, cuando el hermanito marchaba a la noria con su cantarillo de suave forma panzuda debajo del brazo, se le había visto santiguarse de pronto, con turbación, y dejar caer al suelo el cantarillo. Ya digo que todo es cuestión de proporciones.

Las simplicidades del hermanito Lucio eran motivo de risa y de comentario en la comunidad. Allí, donde todo era simplicidad, había también sus categorías y grados; y el que había entrado algo más tarde en clausura y había tenido algún mayor atisbo del mundo se consideraba a cien codos, en punto a experiencia y a malicia, sobre sus compañeros. Así, a Fray Bernabé, que era un alma de Dios, se le miraba con cierto contenido asombro, casi con recelo, porque allá en sus mocedades, antes de profesar, había visto una corrida de toros.

En cambio, del hermanito Lucio, que en esta escala era el último del convento, se contaban dichos y anécdotas que se habían hecho proverbiales.

Todos recordaban, por ejemplo, el día que saltó un gato negro por la tapia y el hermanito Lucio creyó que era el Enemigo.

Pero nunca recibió el hermanito hortelano impresión tan fuerte como la de una mañana de abril. No lo olvidaría nunca. En su memoria quedó grabada para siempre la fecha: 29 de abril, día de San Roberto, fundador del Cirte.

El hermanito Lucio estaba, según costumbre, labrando la huerta. Estaba en el cuadro de las lechugas abriendo cajones con una azada.

La mañana era despejada, y el sol hacía brillar con mil colores distintos, sobre la piedra dorada de la abadía, las vidrieras y el rosetón de colores donde estaban representados los Santos de la Orden y las escenas de la Pasión del Señor.

El hermanito Lucio trabajaba con alegría bajo el cielo claro. Su espíritu, como de ordinario, estaba libre de preocupaciones, y cada azadonazo que daba añadía una jaculatoria, modo fácil que había aprendido de trabajar al mismo tiempo para el cielo y para la tierra.

Pero de pronto, oyó una voz recia y extraña que mascullaba airadamente, junto a la tapia, palabras imprecisas. Por aquella parte, del lado de afuera de la tapia, había un montón de escombros y tierra que permitía a una persona subir fácilmente hasta el borde de la tapia. Cuando el hermanito Lucio alzó sus ojos asombrado, vió sobre dicho borde, en la luz dorada de la mañana una figura extraña incomprensible, de una majestad nunca vista por él.

Las piernas del hermanito temblaron bajo su hábito blanco y negro. Sus labios murmuraron con sumisión:

—¡Señor!

Es necesario explicar esto un poco. Dentro de la abadía de San Adalberto, se celebraban, unas maniobras militares. Aquel era el último día, que se terminaba con una Misa de campaña y gran desfile, con asistencia del general gobernador militar. Dicho general había salido, con su escolta, de un pueblecito cercano, donde estaba alojado, para ir al campo de operaciones. En su escolta formaba como oficial Perico Ruiz, un oficial de Caballería como cualquier otro, oficial de complemento por más señas. Pues bien, en un paso difícil el caballo de Ruiz se había negado a pasar, asustado con un tronco caído. Ruiz se había empeñado en obligarle, y el caballo, al fin, había salido desbocado como una flecha. Cerca de media hora anduvo el caballo por aquellos campos, y, al fin extraviado de todo camino, el jinete había caído sobre un montón de palmas secas, cerca de las tapias de la abadía, que estaba en lugar solitario y apartado.

El oficial, que se había encontrado solo y a pie en aquella soledad, había visto el montón de escombros junto a la tapia, y se había decidido a trepar por él para ver si daba con alguien que pudiera orientarle. Es de advertir, finalmente, que el oficial vestía de gala: uniforme azul, botas lustrosas, casco con plumero, cordones de oro...

Era esta, pues, sencillamente la aparición que tenía ante sus ojos el hermanito Lucio: un oficial de complemento vestido de gala.

¿Os parece injustificado su asombro y su anonadamiento religioso? Nosotros, que andamos por el mundo, que conocemos y sabemos todo el engranaje de convencionalismos de formas que constituyen la vida, no podemos hacernos cargo

de la impresión que debe producir en un espíritu retirado y desconocedor de las formas convenidas la aparición súbita de un oficial de complemento vestido de gala.

A nosotros no nos produce impresión porque, tras la forma, sabemos ver el significado y el símbolo. Pero al que solo ve la forma, en toda su vistosidad inexplicable, no puede menos de sentir anonadamiento religioso. Aquel ser tenía unos bigotes grandes y engomados, que parecían marcar, como una veleta, dos puntos cardinales; el azul de su uniforme era chillón y rutilante; el sol de la mañana arrancaba reflejos de sus botas de montar, de sus botones, de su casco; el viento movía su plumero; en el pecho llevaba varias medallas con cintas de colores; en el cuello llevaba un número enigmático, 27, y un emblema absurdo, bordado en oro; una rueda con alas...

Eran demasiadas impresiones para recibirlas de una sola vez por el espíritu virgen del hermanito Lucio. Sus rodillas sentían irresistible iniciación de postrarse ante aquel ser que brillaba y que llevaba sobre sí signos extraños. Todos sentimos siempre un instinto de acatamiento hacia lo incomprendible y lo que brilla. Además, sus cortas lecturas le habían enseñado a representarse las cosas grandes por imágenes vistosas. No dudó que se hallaba ante una aparición de lo alto.

Pero entonces la aparición habló:

—Oye, dime, ¿hacia dónde cae la carretera de los Arquillos?

La pregunta era sencilla; pero el hermano Lucio la revistió de la mayor solemnidad al oír de aquellos labios. Con la mayor unción contestó:

—Hacia la derecha, señor...

Entonces la aparición, que estaba de pésimo humor por el incidente, desapareció. Pero antes de desaparecer murmuró claramente una palabra baja, gruesa; tres sílabas secas y plebeyas: «¡Cascajo!».

Pero el hermanito, por la sugestión de lo incomprendible y de lo nuevo, recibió en su espíritu sencilla aquella palabra desconocida con la misma unción con que recibiera la visión de la figura de cosas brillantes y enigmáticas.

Y doblando sus brazos beatamente sobre su pecho, como si tratara de aprisionar la palabra misteriosa, marchó hacia el convento, repitiendo, para no olvidarla, con sencillez y unción.

—¡Cascajo!... ¡Cascajo!...

Aquella tarde había capitulado de culpas. El abad, sentado en la sala capitular, tras de una mesa con un Cristo y dos candelabros, tomaba sus confesiones a los frailes. Estos abanzaban y se postraban, en medio de la sala, delante del abad. En el silencio de la sala, turbado por un chisporrear de velas, se oían solemnemente las culpas minúsculas y sencillas agrandadas por la humildad.

Al fin, el último de todos, llegó el hermanito Lucio. Y el hermanito Lucio, con llaneza, aunque con emoción, narró su aparición extraña.

Por los bancos de los frailes corrió un ligero rumor de risas; pero el abad, que velaba por la simplicidad del hermano como un tesoro, impuso con una mirada silencio.

—Hijo—, comentó el abad—, no todo lo que brilla es sobrenatural y de lo alto.

—Padre abad—insistió el hermano—, aquel ser estaba rodeado de emblemas extraños e incomprendibles.

—Hijo—contestó el abad—, te mando que no pienses más en ello. Todos tendemos a admirar y revestir de grandes proporciones aquello que no comprendemos. Es como una venganza pueril de nuestra razón que no pudiéndose elevar ella, eleva las cosas que se le escapan. Considerate ruin e ignorante y no te pienses favorecido por visitas celestiales. Más bien piensa que fueren alucinaciones del infierno.

Sin embargo, el hermanito Lucio añadió con vacilación:

—Sólo he de añadir, señor, que aquel ser extraño me dijo una palabra misteriosa.

Hubo un momento de vacilación, y enseguida, en el silencio de la sala, sonó llanamente la palabra baja y plebeya.

Ahora fué el mismo Abad el que tuvo que morderse los labios. Pero enseguida, consideró con enternecimiento toda la clara simplicidad del alma del hermanito Lucio, y aun sintió pena al ver que él sufría tentaciones de reír. Con verdadera ternura puso sus manos un momento sobre la cabeza del hermanito hortelano, y enseguida terminó:

—No te preocupes. Esas son alucinaciones con que el infierno quiere humillar tu inocencia. —No pienses más en esa palabra. Es una raíz caldea...

Y luego, imponiendo silencio con su mirada severa, salió magníficamente de la sala capitular.

Esta es la historia edificante del hermanito Lucio. Por la sugestión de unas cosas que brillaban, de unos emblemas extraños, de una palabra incomprendible, se creyó ante una visión de lo alto.

No nos riámos de él.

ADVIENTO

SONETO

Sé que vas a venir, y la morada del alma está, en verdad, desprevenida; he de alhajarla bien y convertida en cielo la has de ver a tu llegada.

Es mucho el abandono, que confiada en tu ausencia, pecó tan atrevida, que sucia y maloliente, arrepentida empieza hoy su limpieza acelerada.

Mas te ruego, Señor, que no retardes la visita feliz por tal motivo, ya que el preparativo se acelera.

El mismo fuego del amor en que ardes la purificará y caritativo puedes venir al alma que te espera.

Hermenegildo RODRIGUEZ

RECETA

para curar cualquier desengaño, por grande que sea, y que contribuye mucho para conservar una perfecta salud.

Práctica.—Se toma libra y media de «sufrimiento», cuarenta onzas de «conformidad», cincuenta de «paciencia» y ciento de «discreción».

Composición.—Todo lo dicho se pone en un puchero nuevo con dos cuartillos de agua de «resignación», y se cocerá muy bien al fuego de la «paciencia» hasta quedar en menos de la mitad; después se colará por un liencillo de «templanza» y mezclando veinte gotas de «desengaño» y otras tantas de *qué se me dá a mí*, se batirá muy bien con la cuchara de la «razón» hasta quedar hecho un electuario de madura «reflexión».

Uso de la receta.—Luego que alguna persona se halle acometida de dicha «cavilación», tomará un par de cucharadas del citado electuario, desleídas con un cuartillo «desahogo» y cogiendo el sombrero, tomará sin detención los *polvos de la calle*, y con mucha fe irá diciendo interiormente: Caramba, primero soy yo que nadie; lo cierto es que al que se muere lo entierran; lo mismo es aquí que en Flandes y atrás como en las espaldas; no hay cosa mejor que tomar el tiempo conforme viene; pesadumbres no quitan trampas; peor fuera no verlo. Diciendo esto, se escupe largo para que salga el mal humor fuera... y es probado.

EL DR. EXPERIENCIA

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

«...Y Moises, convocando todo Israel, les dijo:

Oye Israel, las leyes y los mandamientos que hoy voy a hacer resonar en tus oídos; apréndetelos y pon mucho cuidado en guardarlos.

Dios nos habló cara a cara, sobre la mañana, en medio de fuego. Yo estaba entonces entre El y vosotros, para traerlos sus palabras, pues teníais miedo del fuego y no subisteis a la cumbre de la montaña. El dijo:

Yo soy tu Dios que te he sacado de la tierra de Egipto, de la casa de la servidumbre.

No tendrás más Dios que a mí... No te harás imagen de escultura ni figura alguna... ni las adorarás ni las darás culto, pues Yo, tu Dios, castigaría esa iniquidad... No tomarás el nombre de Dios en falso... Honrarás a tu padre y a tu madre...

Y las tablas de la Ley, quedaron escritas eternamente en el corazón de todo el género humano, señalando a todas las generaciones los mandatos de Dios al hombre, a los que había de sujetarse si no quería sufrir el castigo que El tiene reservado para quienes no han querido obedecer los preceptos de su decálogo.

Han transcurrido miles de años, y los mandamientos que Moises leyó al pueblo de Israel, que representaba a todas las generaciones, fueron gravados en el corazón de los mortales, sirviendo de norma para distinguir lo justo de lo injusto, la verdad de la mentira, el bien del mal.

Nuestra conciencia nos dice lo que está bien y lo que hacemos mal. Y las leyes humanas tienden a buscar la justicia en esos principios señalados por Dios a Moises en la montaña de Sinai.

Dentro de nosotros mismos, la conciencia, constituida en juez de nuestros actos, nos dice a cada momento lo que está conforme con esos mandamientos y lo que no es grato a los ojos de Dios.

La caridad para con el prójimo, señalada por Dios en el primero de sus mandamientos, es uno de nuestros primeros deberes. No podemos abandonar a nuestros semejantes que cerca de nosotros carecen de los medios necesarios para subsistir. Ellos, han nacido en medio de la pobreza y de la miseria, independientemente de su voluntad. Luchan y se afanan por lograr satisfacer el mínimum de sus necesidades sin conseguir una compensación en sus esfuerzos. Nosotros, también pudiéramos haber nacido en la miseria y el abandono en que ellos nacieron. Tal vez carecen, hasta del cariño de una familia que dulcifique su corazón y le incline al bien, que las amarguras y privaciones de una vida ha ido endureciendo; por eso, Dios nos señaló una misión que habría de hacer mucho beneficio para quien la da y para quien ha de recibirla.

La caridad, que llega a donde la justicia no alcanza, nos hará medir el gran beneficio que Dios nos ha concedido dándonos medios para poder vivir en un ambiente de relativa comodidad y de trabajo.

Visitemos con frecuencia la casa del desgraciado, oigamos sus necesidades, consolamos sus agobios y llevemos a ellos la ayuda económica y moral que necesitan. Si mucha es su pobreza de medios económicos es también mucha la falta de palabras de afecto y de cariño que sus almas necesitan.

La vida, desagradable en su organización, a ellos les resulta mucho más incómoda, porque no les da la compensación al esfuerzo diario que realizan. Para ellos, es más costosa la resignación y el sostenimiento de la fe, porque del mundo no han recibido más que desprecios y abandonos, sin que llegue nadie a su mísero refugio para llevarles algunas migajas del pan que el eterno rico Epulón arroja a los perros del arroyo, de la mesa de su banquete.

El amor cristiano nos dicta el camino de la caridad.

Dediquemos unos momentos a la semana, tan siquiera, para cumplir con ese precepto que Dios ha dado al hombre en sus mandamientos.

Los organismos de caridad nos señalarán el camino de la casa del necesitado, y con la ayuda económica llevemos también el consuelo moral que tanto necesitan los muchos Lázaros que en el banquete de la vida, no tiene sitio a la mesa para satisfacer su hambre y sed de justicia y de amor.

...y Moisés continuó diciendo:

«Oye, Israel, inculca estos mandamientos a tus hijos, y cuando estés en tu casa, cuando viajes, cuando te acuestes, cuando te levantes, habla siempre de ellos. Atáelos a tus manos, para que te sirvan de señal; pónelos en la frente entre tus ojos, escríbelos en los postes de tu casa y en tus puertas.»

R.

La letra de molde

Es increíble la fuerza mágica y el poder sugestivo que posee la letra de molde.

Ustedes oyen hablar a un señor en el tranvía o en el café, y aunque sea mucha la fuerza de sus razones y la cultura que despliegue, no se acusan mayormente y hasta se atreven a discutir sus argumentos. Pero en cuanto aquello mismo lo ven escrito en letras de molde se sienten derrotados del todo y sus convicciones comienzan a vacilar.

Lo mismo da que se trate de un libro, de una revista o de un periódico; la letra de molde posee un poder avasallador. Quizá los mismos que escriben desconocen la fuerza mágica que tienen en sus manos, sobre todo si saben dar a su estilo cierto tono autoritario y suficiente de hombres enterados y al cabo de la calle.

Yo tengo, como es natural, algunas convicciones bastante arraigadas sobre ciertos asuntos, de las cuales es difícil apearme; pero siempre que leo algo en cualquier libro, revista o periódico que contradice mis opiniones, la primera impresión es de titubeo, sobre todo si no conozco personalmente al escritor, y más aún si en mi

fuero interno le he concedido ya cierta autoridad y solvencia.

Eso mismo me lo dice ese señor mano a mano en la sala de recibir o en la butaca del tren, pongo por caso, y se lo discuto. «Este señor—me digo para mí—tiene sus opiniones, como yo tengo las mías.» Pero en cuanto lo veo escrito en letras de molde el titubeo es inmediato, y me digo siempre: «¡Caramba! Si será verdad lo que dice este señor! Y siento que mis convicciones comienzan a vacilar.

Claro está que a fuerza de tiempo y de reflexión he logrado dominar algo esta impresionabilidad ante la letra de molde, haciéndome la consideración siguiente: «Vamos a ver: este señor, ¿qué es más que yo? ¿Tiene acaso mejor carrera que yo, más talento, más cultura? Pues entonces, ¿por qué me va a impresionar tanto lo que él dice, aunque sea en letras de molde?»

Con frecuencia he llegado a conocer personalmente a esos escritores que me infundían tanto respeto, y he comprobado que eran personas de talento muy mediano, de cultura muy inferior a la mía, hasta desprovistas a veces de los conocimientos más elementales, y me he avergonzado de haber temblado ante ellos cuando sólo los conocía por la firma. Y sin embargo, la primera impresión de titubeo no he podido evitarla todavía. No he podido llegar aún a esa actitud despectiva de otros, que en cuanto leen algo que no se conforma en absoluto con sus opiniones dicen en seguida con desdén olímpico: ¡Bah! ¡Tonterías! ¡Qué sabrá este señor, lo que dice!»

Sobre todo, los que más me impresionan son mis escritores preferidos, aquellos a quienes yo, en mi fuero interno, he dado categoría de talentos superiores, y que son generalmente los que coinciden con mi manera de ser y de pensar. Claro es que en esto es posible que entren por mucho la vanidad y el excelente concepto que tengo de mi mismo, porque me digo: «Como yo me tengo por listo, este señor que piensa como yo ha de ser necesariamente una persona muy inteligente también.»

Y esto trae por consecuencia que en asuntos en los que yo no me considero muy fuerte o no tengo convicciones arraigadas este escritor me sugiere y me hace asentir a sus opiniones con bastante facilidad. El conflicto grave surge cuando tropiezo con una opinión totalmente contraria a las que yo tenía ya aceptadas como incontrovertibles. Siento entonces una desazón tan grande como si yo estuviera en contradicción conmigo mismo.

Hasta hace muy poco tiempo no he logrado sobreponerme a este estado psicológico en que me encuentro con bastante frecuencia, y aun no lo he logrado del todo. He tenido que acudir a la consideración de que dos hombres, por muy semejantes que sean en su modo de ser, en su psicología, en su cultura, en su talento y en las directrices de su espíritu, no son nunca ni pueden ser totalmente idénticos. Siempre mirarán las cosas desde un punto de vista algo diferente, y eso explica la no coincidencia en las mismas opiniones.

Más aún; sería realmente extraño que coincidiera siempre. Ya creo que he dicho otra vez, y si no lo digo ahora, que cuando dos hombres coinciden siempre exactamente en las mismas opiniones, necesari-

amente uno de los dos es tonto, porque supone que uno de los dos no hace más que asentir borreguilmente a lo que el otro afirma.

Yo me supongo que habrá muchos a quienes les habrá ocurrido esto mismo que a mí me ocurre, aunque no sé si todos tendrán la suficiente sinceridad para decirlo.

Fr. Gumersindo DE ESCALANTE

O. F. M. Cap.

«Un corresponsal de guerra en China observaba cómo una Hermana de la Caridad curaba las heridas con gangrena de los soldados heridos.

—No quería hacer ese trabajo yo ni por un millón de dólares, dijo el periodista.

La hermana sin interrumpir su trabajo;

—Ni yo tampoco.

Comentando

LA TELEPATIA

Ante todo un consejo, queridos lectores. Y un consejo de un hombre que está especialmente capacitado para dároslo. Y es este: no hagais nunca experimentos de telepatía. No porque os resultase un fracaso, como sería lo más probable, sino por si acaso pagamos el pato los demás. Y voy a explicarme. Digo, en primer lugar, que yo soy un hombre especialmente capacitado para daros este consejo, y es necesario que así lo crais. No quiero imponer mi voluntad haciendo un nuevo ensayo telepático, y si demostrar a todos el por qué de mi consejo. Yo que hice en dos memorables ocasiones experimentos de telepatía, sé su resultado. Y si lamento este resultado es porque me remuerde algo la conciencia del mal que sobre otros ajenos al experimento recayó.

No fui yo el culpable. Yo reconcentraba mi voluntad en un esfuerzo supremo, y deseaba, o mejor, imperaba una cosa. Y pasaba según yo quería, pero de otra forma. Es decir, que llegábamos al fin deseado por otro camino. En el primer experimento no fui yo el culpable. Fué Nerón. Entonces me convencí de la mala educación del Emperador romano enemigo de los bomberos.

El velador de tres patas estaba quietecito como una persona formal y mis manos apoyadas en su lustroso tablero, extendidas en busca del contacto de los dedos de mis dos compañeros de mesa, presionaban ella con una fuerza igual a la ejercida con mi voluntad. A nuestro lado, en su mesa presidencial, el profesor de psicología experimental. Delante, los alumnos sentados en los pupitres escalonados.

Llegó el instante supremo. Silencio absoluto en las masas. Quietud absoluta en la mesa. Mi voz imperiosa suena con ecos retumbantes y cavernosos, que si no me salían del fondo del estómago no se dónde provenían: ¡Espíritu de Nerón, ven a mí...

Repito que yo no tengo la culpa. Yo ignoraba en absoluto el ceremonial de la corte de los emperadores romanos. Nada sabía de su protocolo ni de sus etiquetas, y desconocía en absoluto sus honores militares. Además, en aquel supremo momento yo no pensaba en que Nerón fuese Júpiter tonante o pariente suyo. Yo estaba persuadido de que vendría de incógnito y no con todos los caracteres de visita oficial en el plan de emperador guerrero.

La obediencia imperial fué inmediata. Se me apareció en forma de cortacircuito. Una llamarada tremenda, seguida de una explosión espantosa, fué la forma que adquirió la aparición. El aula se vació de alumnos y sólo yo me quedé extático envuelto en la penumbra escandalosa de la aparición. Miento. A mi lado estaba muerto de risa el profesor. Y es natural; como los dos estábamos de frente a la llamarada, nos dimos perfecta cuenta de lo que pasaba, mientras que los demás que se tuvieron que contentar con la luminosidad y el estampido, creyeron que Nerón se aparecía a nosotros, y que siguiendo sus costumbres iba a organizar otro incendio memorial.

Queda algo en el tintero. (acéptese esta consagrada frase, aunque la realidad es que escribo a máquina). Queda algo en el tintero, repito, pero por ser materia algo larga, la reservaré para otro día. Lo hasta aquí narrado, rigurosamente histórico, fué la casualidad del resultado de mi primera experiencia telepática, en este caso particular más que telepática de espiritismo.

Mi segunda y última experiencia, totalmente telepática, será motivo de un nuevo comentario que prometo a mis queridos lectores.

HERO

César A. Prieto

PINTOR

Dorado, pintura decorativa y lisa - Dibujos y presupuestos gratis.

Av. del Mollón, 2 - Tel. 3115
GIJON

Materiales de Construcción

Cementos - Depositario de los materiales "ROCALLA" - Carbones

RUPERTO RIVERO MORAN

Covadonga, 27 - Teléfono 1817 - GIJON



Ornamentación Religiosa Artística

Talleres de Escultura, Talla y Dorado
DE

José Romero Tena e Hijo

Se construyen en maderas y decoran toda clase de Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6 VALENCIA
Junto a la Plaza de la Virgen

Preparación para ingreso en la Banca privada

Estudios prácticos de Comercio

Profesor titulado y especializado en Banca

Horas: de 6 a 9

Muralla, 7-1.º

Teléfono 39-88

GIJON

Arbúes

Materiales de Saneamiento y Construcción

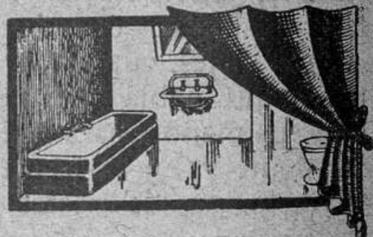
Cuartos de baño, cocinas, etc.

Alvarez

Garaya, 25

Teléf. 1230

GIJON



PALACIOS LIBRERIA RELIGIOSA

Corresponsal de Prensa
Sellos de caucho
Rótulos esmaltados

Santa Rosa, núm. 4 GIJON

ANTIGUA FUNERARIA
-- DE --

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos para regalo

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

La

Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus Imponentes, y a obra benéfico-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)